



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

LAS BIENAVENTURANZAS. BIENAVENTURADOS LOS MANSOS DE CORAZÓN

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=O9LK7ulj_jI

Sin duda alguna, el objetivo principal de estos pequeños encuentros sacerdotales que estamos comenzando, en esta ermita de Guadalupe, es sin duda alguna, un encuentro entre nosotros en Cristo. Ese es nuestro deseo, vernos en el Señor, encontrarnos poniéndole al medio, rezando juntos y solo con eso me parece que está todo hecho. Pero al mismo tiempo, que la oración sea introducida por una breve reflexión o meditación puede ser conveniente.

Y el día anterior, comenzamos explicando la primera de las bienaventuranzas. Siguiendo el hilo conductor, de que cada día que nos juntemos, reflexionemos sobre una de las bienaventuranzas. Pienso que es una oportunidad.

Creo que además hacer una breve reflexión sobre una bienaventuranza y luego poner a Jesucristo en la Eucaristía para ser contemplado me parece que es una combinación perfecta, porque en el fondo, las bienaventuranzas no son únicamente un modelo moral, no, son mucho más. Son un don que Dios nos quiere dar por la contemplación de Jesucristo.

Hay cosas que no se pueden alcanzar por precepto moral. Hay cosas que tienen que ser alcanzadas pues por contemplación, por osmosis. Por osmosis, como que alguien se pone delante de quien tiene ese don y quiere compartirlo y es Jesucristo. En las bienaventuranzas, él mismo, nos está mostrando el corazón que él quiere compartir con nosotros. Son como un autorretrato de Jesucristo, las bienaventuranzas, que él quiere compartir con nosotros.

Bueno, entonces nos toca, como decía, la segunda bienaventuranza, Mateo 5, 4. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Os recuerdo que la vez pasada meditamos sobre la bienaventuranza de la pobreza. Bienaventurados los pobres, según la versión de Lucas. Bienaventurados los pobres de Espíritu, según la versión de Mateo.

Y la primera bienaventuranza se centraba en las riquezas, en esa tendencia que tenemos a poseer o a poseernos. Por eso decía, "Bienaventurados los pobres o los pobres de espíritu".

La segunda bienaventuranza, así como la primera se centraba en esa tendencia, la posesión, la segunda se centra en la tendencia a la agresividad.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. O sea, reflexiona sobre la tendencia a la agresividad, que suele derivarse de la lucha por el dinero, por el poder. La agresividad suele dejar al descubierto, por una parte, dónde tenemos puesto el corazón, si lo tengo puesto en mi vanidad, en la posesión de las cosas, en determinado poder. Y si me tocan eso, salto de una manera agresiva, ¿no? O sea, la agresividad suele dejar al descubierto dónde está nuestro corazón y también la agresividad deja al descubierto el estado de nuestro mundo interior, nuestros impulsos, nuestras pasiones y deja al descubierto el poco dominio o el dominio mayor o menor que tenemos de ese mundo interior.

La agresividad suele dejar muy al descubierto, pues si, en el fondo nosotros somos de los que nos conducimos en la vida o somos arrastrados por nuestras pasiones. Eso lo deja muy patente, dice un ojo, "Es que me da me da el cuarto de hora y pierdo los papeles, ¿no? Como se suele decir". Pues uno dice, "Me doy cuenta que no me conduzco, que soy arrastrado".

Bien, lo principal, ¿cómo vivió Jesús la mansedumbre? Voy a partir en dos puntos. Primero, ¿cómo vivió Jesús la mansedumbre? Y segundo, ¿qué dijo Jesús de la mansedumbre? Casi es más importante lo primero que lo segundo. ¿Cómo vivió Jesús la mansedumbre?

Jesús, la verdad es que él habla de la mansedumbre de una manera que es impresionante porque pone su corazón como ejemplo de mansedumbre. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis vuestro descanso.

Por cierto, cuando uno mismo se pone a sí mismo como ejemplo de humildad, solo tiene dos explicaciones, o que es pura soberbia o que es pura humildad. Explico, si uno se pone a sí mismo como modelo de humildad, ahí no hay punto intermedio. O es puramente un soberbio, como aquel que decía, ¿no? Después de 30 años de luchar contra la soberbia, tengo el orgullo deciros que ya soy humilde. Pues obviamente, pues o es un puro soberbio o es la pura humildad, como es el caso de Jesucristo, que no siente vanidad ni turbación alguna en decir, "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Ninguno de nosotros podría decir eso sin sentirse turbado. Vamos, te toca decir eso y te sientes totalmente turbado, pero Jesús en la plena humildad puede decirlo.

La mansedumbre, la no violencia, es un valor que está implícito y a veces explícito en el estilo del discipulado que Jesús tuvo con los apóstoles. Jesús hizo un auténtico seminario de convivencia con los apóstoles, un *discipulado con ellos*. Y este es un tema que se aborda muy claramente. En Lucas 9, 51 dice: *"Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada, pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén."*

Al verlo sus discípulos, Santiago y Juan dijeron, "¿Quieres que baje fuego del cielo y los consuma?" Pero volviéndose, les reprendió, "¿No sabéis de qué espíritu sois?"

La reacción de estos dos hermanos de Santiago y Juan no puede ser más contundente. Parece que son los precursores de la bomba atómica, pero si nos fijamos un poco en su reacción, es una reacción en la que perfectamente nos podemos ver reflejados nosotros. Una reacción según la carne y la sangre. Es una reacción carnal, de querer acabar con los malos en vez de querer acabar con el mal. Nosotros fácilmente decimos, yo intentando acabar con el mal, acabo con los malos. Curiosamente, acabas con los malos, no sé, pero con el mal no. Y te haces tú malo, lo cual has hecho un auténtico desaguizado. Pero es muy interesante, ¿no? Porque Jesús en esa relación de discipulado que tiene con ellos les dice, *"¿No sabéis de qué espíritu sois?"*

Jesús conocía esta debilidad de quienes le iba a elegirlos como apóstoles. La conocía. No parece escandalizarse de ella. O sea, Jesús les elige sabiendo que son tremendos. Es más, Jesús parece que aborda ese tema, lo aborda con paciencia, con un punto de ironía y con sentido del humor. Porque fíjate que es curioso que Jesús, según cuenta Mateo 3, 17, *"instituyó a los 12 y puso a Simón el nombre de Pedro, a Santiago el de Zebedeo y a Juan a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno"*.

Es curioso. Jesús mismo les puso ese mote que tiene, no sé, a mí me parece que uno entre ve fácilmente un poco de sentido del humor, ¿no? Que Jesús llamase a estos, aquí están los hijos del trueno, como diciendo, aquí están los de la sangre caliente. Parece un estilo del que Jesús ejerce su pastoreo con un discipulado con para con su discipulado con un punto también de conozco, conozco a quién he elegido. Yo ya sé que estos son que son hijos del trueno, los conozco. No me avergüenzo de su defecto, tendré paciencia con él, pero yo poco a poco se les voy a ir moderando. Aquí hay una especie de lección de la paciencia del corazón de Cristo que va formando corazones.

¿Es que Jesús no se tomaba en serio esa agresividad, o sea, no le parecía grave? Sí, sí, claro que se la tomaba en serio, claro que le parecía un tema grave, importante. Pero es que la batalla contra la agresividad, es una batalla a largo plazo, que va a durar toda nuestra vida.

La mala, no sé qué termino utilizar para que nos avergoncemos de quede grabado, ¿no? la mala no sé qué, el mal genio, pues en el fondo casi va a pervivir, morirá un cuarto de hora después de nosotros, y obviamente esa batalla la vamos a tener siempre. Pero la clave está, en que nuestra agresividad la comencemos por identificar y a reírnos un poco de nosotros mismos, a relativizarnos en nuestras angustias, en nuestros agobios. Creo que es muy sano que uno se ría un poco de sí mismo y de sus agobios.

Porque cuando uno identifica un problema, por lo menos ya supera la tentación de justificarlo. Lo peor no es tener una un punto de agresividad, lo peor es justificarlo, ¿sabes? Y Jesús con un punto de humor, pues cuando les llama hijos del trueno, pues obviamente está haciéndoles entender, mira, mira, te pongo delante tuyo tu debilidad interior, tú falta de mansedumbre. Reconócelo, diagnóstícalo, no te justifiques y poco a poco vete luchando contra él. O sea, ese estilo de Jesús con el discipulado eso, es evidente, ¿no? con los hijos del trueno.

Ahora, el lugar principal en el que Jesús culmina su escuela de mansedumbre es la pasión, la agonía de Jesús. La pasión es la escuela principal de la mansedumbre, la gran escuela. Los primeros cristianos vieron plasmada en Jesús la figura del siervo de Yahvé de Isaías 53. Maltratado voluntariamente, se humillaba y no abría la boca como cordero llevado al matadero. Eso les llamaba la atención, lo de no abría la boca. Igual que el evangelio de San Juan dice, *"Y no se defendía". Y tú no tienes nada que decir. Tú no sabes que yo tengo poder para quitarte la muerte...*, etcétera. Les sorprendía que Jesús renunciase a la autodefensa. Maltratado, no abría la boca.

Alguno de vosotros me ha oído pues una especie de lema que yo le escuché a un hermano obispo, para que veáis también que los obispos a veces hablamos de cosas espirituales. Y un hermano obispo en una ocasión me dijo un lema suyo que a mí me gustó tanto que dije, "Señor, hazme la gracia de hacerlo mío. Ojalá yo lo hiciese mío", y decía este obispo, " Que el Señor nos dé la gracia de que cuando en la polémica y en la lucha de esta vida, cuando se cuestiona la fe, cuando lo que se está atacando es la fe, yo no me callo nunca y salgo siempre a defender el mensaje de la fe de Jesucristo. Si lo que se cuestiona es la fe, no me callo nunca. Si lo que se cuestiona es la iglesia, bueno, pues entonces discierno. Si salgo a defender o más vale callarme, discierno la prudencia. Ahora, si lo que me atacan es a mí, me callo por principio.

A mí me impactó lo que dijo ese hermano obispo y dije, "Cuánto bien nos iría en la iglesia si aplicásemos este criterio". A ver, que yo no estoy para defenderme a mí mismo, que yo no estoy para tener que estar dando justificaciones de todas las cosas que se digan de mí, porque entonces al final acabo utilizando mis fuerzas para defenderme. Creo que Jesús da una auténtica lección de mansedumbre.

Otra gran lección de la pasión de Cristo es la mirada excusatoria. Excusatoria, no acusatoria. *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.* Que San Esteban, por cierto, en su martirio lo aprendió muy bien, porque el martirio de San Esteban, pues él muere diciendo, "Padre, no les tengas en cuenta su pecado". Es que casi ha imitado a la muerte de Jesucristo, ¿no? excusando en vez de acusando.

Es imposible vencer la agresividad que tenemos dentro de nosotros si no hacemos una lectura excusatoria. Es imposible. Si uno dice, "Mira que son malos, mira que son malos, pero yo, Señor, dame paciencia a ver si consigo no darle dos tortas". Mira, así no consigues vencer la agresividad. La agresividad no es sujétame, sujétame que si no les doy. A ver, así no se vence la agresividad. La agresividad se vence haciendo también una lectura excusatoria, porque es verdad que en el mal que nos rodea hay mucha ignorancia. En el mal que nos rodea no hay plena maldad.

Es muy importante. Es muy importante la fe en la existencia de Satanás, para que eso nos ayude a vencer la agresividad. Porque la conciencia de que el malo es Satanás y no es y no es el prójimo. Eso nos hace matizar mucho la reacción frente al prójimo. Ese que me está mortificando en el fondo es una víctima. Será mi verdugo, pero además de ser mi verdugo, es una víctima también. Es una víctima de la tentación, con lo cual para mí mi forma de relación con él es distinta. Es distinta. Yo no es que justifique lo que ha hecho mal, pero sí que me ayuda mucho a vencer la agresividad frente a él. Al fin y al cabo, pues mira, pues veo que Satanás le ha tentado como me tienta a mí.

Bien un matiz. Por lo tanto, no creo que tanto en el discipulado de Jesús con sus apóstoles, como sobre todo en el gran momento central que es el momento de la pasión, Jesús es una escuela viviente de mansedumbre.

Ahora bien, mansedumbre no es sinónimo de indolencia. Y tenéis, por ejemplo, el episodio de la expulsión de los mercaderes del templo que les impactó a los discípulos. Y al verlo dijeron, "*¿Se acordaron de aquella frase que decía el celo de tu casa?*", o cuando Jesús dice, "*¿Creéis que he venido a poner paz en la tierra?*" *Pues no, he venido a poner fuego*". O sea, es verdad que Jesús también hay textos que desde luego matizan el concepto de mansedumbre. Desde luego una mansedumbre que no es no es indolencia, no. La mansedumbre de Jesús está compaginada en su pasionalidad. Jesús es pasional. Es pasional, no es una no es un indolente, ¿no?

La vida y la predicación de Jesús refleja una riqueza en el misterio de Dios, una integración de paradojas que a nosotros nos cuesta conjugar.

Nos cuesta conjugar justicia y misericordia. Nos cuesta conjugar simplicidad y profundidad, prontitud y paciencia. Nos cuesta conjugar todo eso. Por ejemplo, ¿cómo conjugar? *El que no está conmigo está contra mí*. Con la frase que dice, "*Si no están contra vosotros están a favor vuestro*". Bueno, pues la verdad es que es un misterio. ¿Cómo conjugar eso, no? O cómo conjugar el texto de la higuera que Jesús secó porque no daba frutos con la viña que decidió cabar y abonar para que diese fruto al año que viene. ¿Cómo conjugar ambos textos, no?

Y la clave, la clave está en que el evangelio no es una mera doctrina, sino que el evangelio nos da el don del Espíritu Santo para aplicar las palabras de Jesús a nuestra situación concreta en cada momento. Claro, el evangelio no es un recetario de frases para que uno dice, "*¿Cuál me toca aplicar ahora?*", saco el librito del recetario y digo, "*¿Cuál me toca aplicar?*" "No, no. **El evangelio me da el don del Espíritu Santo para que el Espíritu Santo sea el que me inspire vivir en Cristo en momento presente, en cada momento.** Bueno, pues yo creo que esta es la clave, de la habitud de la mansedumbre.

Un paso más. ¿Qué dijo Jesús sobre la agresividad? *¿Habéis oído que se dijo? Amarás a tu prójimo, odiarás a tus enemigos. Pues yo os digo, amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.*

O sea, que Jesús, aparte de haber mostrado su corazón misericordioso, también lo dijo. No hay que contraponer entre palabra o doctrina y ejemplo. En Jesús la doctrina y el ejemplo se funden, son una sola cosa.

Y si se dice ese famoso refrán pagano, ¿no?, que la venganza es el placer de los dioses, eso dice el refrán pagano, la venganza es el placer de los dioses, ¿no? La gran novedad de Jesucristo es que él nos revela diciendo que el placer de Dios es el perdón, que Dios nunca muestra más su omnipotencia como perdonando. Es que fíjate tú que es darle la vuelta, ¿no? A lo que el mundo clásico había podido llegar a entender sin la revelación. La venganza es el placer de los dioses. El placer de Dios, del Dios revelado en Jesucristo, es el perdón. Pues fíjate tú, fíjate tú a dónde llegamos, ¿no?

Bueno, este es por lo tanto la gran doctrina de Jesucristo que nos descubre que en Dios hay una fiesta. Hay una fiesta por el perdón. Y, en nosotros tenemos un combate, un combate con ese hijo mayor de la parábola, del hijo pródigo que llevamos todos dentro de nosotros. Porque todos tenemos, en mayor o menor medida, incrustado un hijo mayor de la parábola, que no es capaz de disfrutar de la misericordia de Dios y esa lucha la tenemos.

Por último, la bienaventuranza decía, "*Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra*". La promesa, la promesa es porque ellos heredarán la tierra.

Una curiosidad que es significativa, la primera bienaventuranza, "*bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*". Y aquí, sin embargo, dice, "*Bienaventurado los mansos, porque ellos heredarán la tierra*". Lo primero es en presente y esto es en futuro. Es curioso.

He visto que hay escrituristas que le dan muchas vueltas a esto. Igual vendría Jesús y nos dirían, "No sé, yo no había pensado tanto como vosotros, no lo sé". Pero es verdad que hay un matiz, que la primera bienaventuranza hace una promesa en presente y la segunda la hace en futuro. "Heredarán la tierra".

Y por ejemplo, la profecía de Isaías parece ratificar esto. Isaías 65 dice, "*Pues he aquí que yo creo los cielos nuevos y la tierra nueva. El lobo y el cordero pacerán juntos. El león comerá paja como el buey y la serpiente se alimentará de polvo. No harán más daño ni prejuicio en todo mi monte santo.*" Es decir, que la profecía de la paz está hecha en futuro. Está hecha en futuro. ¿Por qué? Pues porque para llegar a los tiempos mesiánicos, es necesario renunciar a arrancar la cizaña y hay que dejar en manos de Dios el juicio definitivo. Por lo tanto, nos toca convivir con cierto grado de agresividad a nuestro alrededor y tener paciencia. Es decir, es que el camino cristiano, el camino cristiano es un camino. La promesa será al final, ¿sabes?, por lo tanto, la plena paz, la plena paz únicamente tendrá lugar, en esa Jerusalén celestial. Aquí esa paz la tenemos ya, pero la tenemos conviviendo con la agresividad.

Hasta el punto que me atrevo a hacer y, disculpad si es un poco demasiado atrevido, una imagen taurina o una imagen de los encierros de San Fermín, que jugando con la palabra mansedumbre. Fíjate que en nuestra tradición, los toros bravos suelen salir acompañados de los mansos. Pues yo creo que algo tiene que ver esto, ¿eh? ¿Qué hacen los mansos en el encierro de San Fermín?

Los mansos lo que hacen es, acompañar a los toros bravos corriendo para que los toros bravos no se entretengan pegando cornadas izquierda a derecha y así lleguen finalmente hasta los toriles, ¿no? Pero es curioso, los mansos su función no es cornear a los toros para que no corneen a la gente, no. Los mansos lo que hacen es, venga, vamos a hacer que el mal no haga mucho daño, ¿eh? Y voy a poner mi granito de arena para que para que... yo no arranco la cizaña, a mí no se me da... Yo no estoy para matar a los toros. ¿Me explico? A mí no me toca matar a los toros. Yo no soy el torero, soy el manso. Y lo que me toca es, lo que me toca es, conducir este encierro haciendo mi humilde contribución, para que el mal no tenga el influjo dañino que puede tener. O sea, esa imagen allí un poco taurina tal, pues me gustó, porque claro, toda imagen es un poco reductora de la realidad. Toda imagen es reductora, pero es verdad

que nuestra forma de llevar a cabo la mansedumbre, es lo que he dicho al principio, es luchar contra el mal más que contra los malos.

Nos toca más luchar contra el mal que contra los malos. Nos toca luchar más contra las cornadas que contra los toros, ¿sabes? Le diría, "Yo lucho contra las cornadas, no lucho contra los toros". Y entonces, mira, pues también yo intento acompañar, intento acompañar a los toros, pues para que no hagan el daño que pueden hacer, ¿no? Yo creo que también esto por eso dice, está puesto en futuro, heredarán la tierra porque uno también en esta vida tiene que tener paciencia. Tiene que tener paciencia, o sea, no se puede. La tolerancia es compatible, con la plena decisión de optar por el bien y la verdad. O sea, optamos por el bien y la verdad, no por la mediocridad. Nuestra opción tiene que ser sin mediocridad. Y al mismo tiempo, Dios nos llama a tener tolerancia, pues, con quien no ha tenido la gracia de haber recibido el don que hemos recibido nosotros. A ver, que hemos recibido un don, el don de la revelación en Jesucristo. Yo no puedo abrir la cabeza del prójimo y metérselo con un chip. No, no puedo, no, no puedo ni debo, ni vamos ni debo de hacerlo, ¿no?

Con lo cual, aquí se compagina, ¿no? El que seamos absolutamente claros y firmes y inequívocos en nuestro ideal, en el ideal de santidad, en el ideal de entregar nuestra vida por la verdad de Cristo y al mismo tiempo pues tener la mansedumbre propia de saber de qué a nosotros nos corresponde arrancar la cizaña, ¿no? Y sencillamente lo que nos corresponde es reflejar el corazón misericordioso de Dios que ama gratuitamente. Que ama gratuitamente. Y la paciencia inmensa, la paciencia inmensa de Dios por todos y cada uno de sus hijos, especialmente los que más lo necesitan.